

— ¿Qué coincidencia es esa? — le preguntó el cheik.

— Figuraos que dos días después, es decir, el 15 de febrero del mismo año, fué cuando el buen Garrote me encontró á la puerta de su casa, chupando leche mezclada con sangre del seno de mi madre asesinada.

Bar Cobral fijó en él sus pupilas llameantes, pero no contestó.

## XV

## MAQUIAVELISMO DEL CANCELLER

Durante cinco días caminaron ambos compañeros hacia el oeste. Bernardo quería vender bien sus pieles, y como el cheik habíale dicho que su viaje era terminado, decidió acompañarle hasta la costa.

Ambos hombres se abrazaron en Saida, en el momento de separarse. Amábanse con amistad profunda basada en la mutua estima, en las comunes afinidades.

— Señor Bar Cobral, — dijo Bernardo, — la historia de vuestro amigo el conde Jacobo me ha impresionado profundamente, hasta el punto de que no puedo acordarme de otra cosa. Decidme aún algo que ignoro : ¿tuvieron éxito sus gestiones? ¿Logró encontrar al hijo tan llorado?

— Sí; Dios quiso concederle esa gracia.

— Más vale así. Una vez siquiera, había encontrado un hombre en Tripoli, tierra de esclavitud, un poco de felicidad.



El cheik vaciló un momento, y luego dijo :

— No es en Tripoli donde el conde se unió al fin con su hijo.

— ¿Dónde fué entonces?

— En Siria.

— Cerca pues de donde yo mismo me encontraba. Me figuro la escena, que debió ser enternecedora.

— Sí, así debió ser. pero no hubo tal. El conde no quiso reconocer á su hijo. Darle su nombre equivalía á señalarlo á sus verdugos, que viven aún...

— Cierto. Pero ¿quién sabe! tal vez yo lo he conocido... quizás hemos servido al mismo amo... ¿No queréis decirme el nombre, el verdadero nombre del conde Jacobo?

Disponfase entonces el misterioso viajero á montar en el bote que debía conducirlo á la goleta próxima á levar el ancla.

— No es éste — dijo — lugar ni momento para poder haceros esa revelación. Ese pedazo de pergamino que lleváis al cuello con las palabras *Arma, amor, morte*, y el medallón de la divisa *Cur non?* han llevado á mi ánimo el convencimiento de que vuestra estrella está indisolublemente ligada á la del niño de Astaffort... Si queréis conocer su nombre, si deseáis al mismo tiempo saber el nombre al cual vos mismo tenéis derecho, liquidad vuestros negocios aquí, tomad el rumbo de occidente, y pasad por Italia donde hallaréis ocasión de perfeccionaros en el arte de las armas; — esto es muy útil y hasta necesario. — Os doy cita en la capital del reino de Francia para dentro de dos años...

El 2 de abril de 1577 á medio día, llamad á la puerta de la casa sombría de la calle de las Viejas Estufas San Honorato, en el ángulo de la puerta que da á los jardines del Hotel de Soissons, y preguntad por Bar Cobral.

Dicho esto, montó en la barca, que se alejó de la orilla.

En ella permaneció Bernardo indeciso y preocupado, preguntándose si no habría hecho bien en insistir, puesto que sin duda alguna aquel hombre misterioso hallábase al tanto de muchas cosas relacionadas con su origen y su historia.

Un rudo golpe recibido en las piernas lo sacó de su ensimismamiento. Habiáselo producido una bolsa llena de oro que acababa de caer á sus pies.

Mientras se inclinaba para recogerla el eco llevó hasta él estas palabras que parecían llegar de lo alto :

— ¡Dentro de dos años, hijo mío, acuérdate bien!  
¡El 2 de abril, en la calle de las Viejas Estufas!

Eso fué todo. Tres meses más tarde, Bernardo se embarcaba asimismo, llevando consigo á Djaulia, y como viático, el dinero del desconocido más el producto de sus ventas de pieles.

Caballero y caballo tomaron tierra en Ancona, y costeando con calma el Adriático atravesaron sucesivamente Urbino, San Marino, Rávena, Bolonia, Ferrara, y Padua. Buscaba el caballero con afán ocasiones para adiestrarse en el manejo de la espada, pero las aventuras parecían huir de él, que las deseaba. En cambio los amoríos perseguíanle hasta con encarnizamiento;



y sus éxitos con las mujeres fueron tan numerosos que su reputación de sediento de amor parecía precederle por donde quiera que iba.

Y sucedió que al llegar á Verona, cerca del río, vióse de pronto, sin saber cómo, rodeado de una turba en actitud de tal modo hostil, que fuele preciso poner mano á su espada.

He aquí lo que ocurría. El tribunal de la santa Inquisición acababa de condenar á fuerte multa al pintor Pablo Veronese, porque en uno de sus cuadros, « La cena en casa de Levi » había pintado un servidor sangrando por la nariz, un apóstol mondándose los dientes con un tenedor, alabarderos alemanes comiendo y bebiendo al pie de una escalera, un bufón, un enano con un loro en el puño, un perro de caza « y otras tonterías ».

La sentencia pareció benigna con exceso á la plebe inmunda, que se amotinó con pretensiones de apoderarse del artista « herético » para arrojarlo al río. Pero Veronese estaba defendido por su porta-espada, un hombre temible que, solo contra todos, realizaba prodigios de valor, no obstante hallarse cubierto de heridas ocasionadas por las lanzas, palos y piedras con que les acometía la multitud, que él mantenía enérgicamente á distancia de su amo.

Indignado Bernardo en presencia del innoble espectáculo, lanzóse entre los acometedores y consiguió librar de ellos al luchador homérico en el preciso momento en que, herido en la frente por un sílex puntiagudo, dejábase caer al suelo, extenuado al fin é incapaz de sostenerse.

El heroico porta-espada no era otro que el famoso Spolto, el viejo y reputado maestro de armas, detentor del célebre golpe que entuertaba, del más terrible de los golpes secretos.

La caída de Spolto fué saludada por la gentuza acometedora, con un clamor inmenso...

Un horrible griterio fuera, en la calle, que parecía contestar á las palabras de Bernardo, fué causa de que éste interrumpiera su narración, de que Fiamma se estremeciese llena de pánico, y de que Cortomontel se precipitara á la ventana.

— ¡Ventre de papa y cuernos de caracol! — exclamó el buen capitán levantando los brazos. — ¡Que la mala muerte me sorprenda en estado de pecado si comprendo lo que hacen ahí esos imbéciles!

Desde la calle de los Dos Escudos, á la grande de San Honorato, iban y venían, en ondulación de hormiguero, centenares de gentes de armas, alabarderos, arqueros, arcabuceros y exentos del Prevostazgo. Entre ellos pasaban de vez en cuando con grandes prisas, como si se hallasen muy ocupados, algunos gentileshombres.

Mal cariz habían tomado los acontecimientos en poco tiempo. Las intenciones hostiles de toda aquella multitud armada, cuyos ojos se hallaban fijos en las ventanas de la casa que servía de asilo al herido, eran evidentes, innegables.

Así lo comprendieron Fiamma y Matraca que á su



vez habíanse acercado á la ventana, y que retrocedieron asustados.

— ¡Bah! — dijo alegremente Sed de Amor — venid acá, mi bella física y comprobad que vuestro bálsamo ha hecho milagros... Aunque no puede negarse que en algo le he ayudado yo con mi inmovilidad. En fin, ello es que gracias al contacto soberano de vuestros dedos de hada ya nada queda del molesto arañazo y que voy á poder hacer unas cuantas cosquillas á esos imprudentes que se atreven á molestarnos.

Así diciendo levantóse de un salto y apartando las cortinas, tomó su espada ciñéndosela en el acto.

— ¡Alguien sube, señor caballero! — gritó en esto Matraca. — Ocultaos con la señorita, y sabed que ya no me llamaréis más cobarde. Me siento heroico desde que me ahorcaron, y ahora vais á ver cómo extermino á los raptos de mi mulo, á menos que ellos no hagan de mí tajaditas.

Y así diciendo íbase hacia la puerta, decidido, al parecer, á mostrarse bravo.

Pero el barón poseía un oído finísimo, y estaba seguro de que nada había que temer de los que llegaban.

— Téngase el compadre, — dijo á Matraca, — y advierta que no es bien que un hombre de su reconocido temple se las haya con gentes de paz, que en vez de escudo usan refajo.

— ¿Refajo?

— Verdugadillos, corsés y otras prendas más ó menos perfumadas.

En aquel momento sonaron golpes precipitados á la puerta de la estancia.

— ¡No abráis! gritó Fiamma.

Demasiado tarde. Cortomontel había ya descorrido el cerrojo y abierto de par en par la puerta junto á la cual, sombrero en mano é inclinado el busto en actitud de respetuosa galantería, pronunciaba una frase de irónica bienvenida.

— ¡Sean bien llegadas las Gracias á casa de Marte!

Tres mujeres en efecto, Ayela de Givors, Isis la bella y Reinalda la basca, asustadas y muy inquietas, invadieron la habitación, precipitándose tumultuosamente hacia el lecho, de pie en el cual Sed de Amor acababa de abrochar el cinturón sostén de su espada.

— ¡Es preciso que huyáis, caballero! — gritaban á un tiempo. — Lo que esa gente quiere es privaros de la libertad y sin duda también de la vida.

El lector se preguntará tal vez cómo las tres mujeres llegaban juntas para anunciar lo que podía adivinarse fácilmente. puesto que los soldados agrupados bajo la ventana no tenían ojos más que para ésta, encendían la mecha de sus arcabuces, preparaban escalas, tomando en una palabra todas las disposiciones conducentes á apoderarse de la casa cercada por ellos para capturar ó matar á cuantos en ella habíanse encerrado.

Lo sucedido era lo siguiente :

Al retirarse de la habitación de Fiamma para no estorbar el reposo del que el herido parecía tener gran necesidad, Isis la bella habíase separado de Ayela de Givors con la intención de regresar á la Corte de los



milagros. Como ella ignoraba todo lo ocurrido al duque de Egipto su padre, como así mismo la ausencia de Gaultfarault, formaba propósito de interesar á ambos en favor del joven protegido de Fiamma.

La condesa de Givors por su parte, animada de las mejores intenciones, y no queriendo manchar su naciente pasión con una visita al duque Rolando habíase apartado de la casa de Salem-Kebir sin volver siquiera la cabeza, ganando enseguida el Luvre por la calle de Austruce.

Antes de que llegara ella al palacio de los reyes, había entrado en él un extraño cortejo, que hubo de causar la admiración de cuantos lo vieron, quienes pensaron en presencia del insólito espectáculo que el monarca, ó su mago rojo, ó su canciller, cualquiera de los tres, iba á entregarse á algún misterioso experimento, cuya finalidad no era posible adivinar.

Componía el cortejo toda la tropa enviada á Montfaucon en busca del asesino de Juan du Gaz y del raptor de su cadáver.

A la cabeza de las gentes de á pie marchaba el capitán de Bervic; detrás, rodeado por cuatro guardias reales y seguido de algunos arqueros, iba un cuadrúpedo rendido de cansancio, cubierto de polvo y cargado de vestidos viejos en gran número, sobre los cuales ¡oh estupor! veíase el cadáver hinchado de un perro enorme.

Como es consiguiente, la entrada de tan extraño séquito por el rastrillo del Luvre alarmó á la guardia, que se hubiera opuesto por la fuerza al paso de aquella

carroña á no mediar órdenes enérgicas del marqués de Villequier, y la presencia del capitán Bervic.

Gracias á una y otra circunstancia llegó el cortejo al patio, donde se produjo un movimiento de curiosidad extraordinaria. Oficiales, señores y pajes agrupábanse en torno al lamentable cuadrúpedo portador de la repugnante carga, que examinaban con asco, mientras que en las ventanas del inmenso cuadrilátero de piedra, las damas de honor de Luisa de Lorena, los que esperaban audiencia, los porteros de galería y hasta las gentes de servicio hacían esfuerzos para comprender qué significaba aquello.

Sólo permanecían cerradas las ventanas correspondientes á las habitaciones reales. El rey trabajaba.

El pobre rucio de Matraca, — el lector ha adivinado ya que no otro era el cuadrúpedo de la brillante escolta — no las había visto nunca más gordas; sin embargo, lejos de envanecerse de la curiosidad de que era objeto, parecía muy dispuesto á esquivarla, sin duda por lo tímido de su naturaleza.

El rumor de la indecente exhibición en el patio del palacio llegó hasta los oídos de los obreros de Filiberto Delorme y de Androuet du Cerceau ocupados en la edificación de las Tullerías y de la columnata del Luvre, que no tuvieron tiempo de abandonar sus trabajos para ver, porque Bervic se apresuró á hacer desaparecer los dos animales objeto de la general curiosidad, enviando á una cuadra al que estaba vivo, y haciendo que se llevasen al muerto por una escalera particular.

Licenciada la escolta, y mientras continuaban los



comentarios acerca de tan sensacional y extraño acontecimiento, el capitán de los guardias subió la escalera principal, en la meseta de la cual hubo de encontrarse con el marqués de O, quien quiso tomarle un brazo.

— Permitid, señor intendente de Hacienda, — dijo Bervic esquivándose, — pero me espera su majestad. Dignaos excusarme.

El marqués de O contestó irónicamente :

— Su majestad puede esperar, capitán.

— ¡Monseñor!

— Pero no así mi inefable suegro, cerca del cual tengo misión de conducirlos en el acto.

El canciller de Villequier era, después de Mammouth el rojo á quien odiaba, la pesadilla del capitán Bervic; y precisamente el suegro del subintendente de hacienda no era otro que el susodicho canciller, quien desde la desgracia de Catalina de Médicis gozaba de gran ascendiente en el ánimo de Enrique III, resolviendo, con arreglo á su capricho, los asuntos de la corte.

El capitán conocía demasiado bien la pusilanimidad del monarca y su indolencia, y comprendió que si contrariaba al ministro, éste podía hacerle embastillar sin recurso posible. De ahí que, bajando la cabeza, avergonzado de tener que someterse, por debilidad de aquel que ejercía un poder más nominal que efectivo, contestase al fin á su interlocutor :

— Estoy á las órdenes del señor canciller.

— Sea en buena hora; — dijo con sorna el impertinente de O. — No esperaba menos de vuestra conocida prudencia, capitán. Seguidme.

Marchando en pos del marqués, el oficial recorrió interminables corredores, subió algunas escaleras, bajó otras y fué introducido por fin en la habitación en que le esperaba el canciller.

El marqués Luis de Villequier llevaba muy bien sus cincuenta y cinco años. Era de pequeña estatura, de frente espaciosa, mirada inteligente y viva, por más de que sus ojos, cansados, acusaban las numerosas noches pasadas en vela, no todas ellas consagradas al trabajo.

Su principal función cerca del rey más que en la custodia del real sello consistía en la organización de diversiones y placeres.

Viudo á los cuarenta años, y profesando la menor cantidad de cariño posible á su hija la marquesa de O, habíase en cambio enamorado como un loco, con pasión senil, de una huérfana por él adoptada y que con él vivía, de la señorita Jannie de Goulaine, que era en verdad una adorable criatura.

El ministro, que pensaba sin duda en sus amores no correspondidos, levantó los cansados párpados á la entrada de los dos hombres.

— Señor, — dijo enseguida con familiar volubilidad el marqués de O, — aquí tenéis al capitán de Bervic; trae botín recogido en una expedición cuyos detalles arde en deseos de comunicaros.

— Pero... — quiso interrumpir el oficial.

Villequier golpeó la mesa con su dedo, seco como un esparto.

— Bien está, capitán; no me faltará ocasión para



acordarme de vuestro movimiento espontáneo y tenerlo en cuenta... Hablad.

— Excelencia...

— Veamos ; ¿ ha ido todo bien en las horcas patibularias? Porque vos llegáis de Montfaucon, ¿ verdad?

El capitán juzgó inútil andarse con rodeos, y en pocas palabras enteró al ministro de los incidentes ocurridos en el patíbulo. Cuando hubo de explicar cómo Sed de Amor había escalado la plataforma, el entrecejo de Villequier se frunció de tal modo que Bervic juzgó prudente no decir nada del rapto del primer ahorcado y de la substitución del mismo por otro. En cambio describió á maravilla el cuadro aterrador de la batalla entre una nube de humo.

Ni el canciller ni su yerno daban crédito á lo que oían.

¡ Un caballo montado por tres hombres! ¡ Un caballo subiendo los escalones del patíbulo con semejante carga! Imposible. El capitán debía haber visto visiones.

El canciller preguntó :

— ¿ Supongo que os habéis apoderado de esas gentes?...

— Perdonad, excelencia; pero cuando disipado el humo de la pólvora pudimos ver algo en torno nuestro, esos audaces desaparecían ya por la parte baja de la calle de los Muertos.

— Y entonces os lanzasteis en su persecución... los alcanzasteis, y los prendisteis?

— No, señor ; habríalo hecho si los diabólicos sedi-

ciosos no se hubiesen refugiado en la calle del Gallo, en la casa que ocupa la bohemia Fiamma.

— ¡ En casa de Fiamma, la vidente de Salem-Kebir!

— La misma, excelencia. Y creed que ignoro lo que puede haber de común entre esa joven pagana y el matador del caballero du Gaz, que ha dejado tuerto además al señor de Maugirón.

— ¡ Cómo! ¿ Habéis tenido entre las manos á ese malandrín? — gritó Villequier.

— Él era quien guiaba el caballo endiablado, — dijo Bervic. — Por cierto que la bala de uno de nuestros arcabuces ha debido alcanzarle, porque se tambaleaba al huir.

— ¿ Pero cómo habéis podido reconocerle si no le habéis visto nunca? — preguntó el marqués de O.

— Después del retrato que de él se ha hecho, la cosa no era difícil. Ese hombre se parece mucho al duque de Saboya-Nemours, quien á su vez tiene la desgracia de parecerse no poco al célebre bandido Sed de Sangre; y como los exentos del señor de Estouteville tienen las señas de ese miserable, de quien no hay modo de apoderarse, lo reconocieron, ó por lo menos creyeron reconocerlo en la persona del más joven de los tres jinetes... Por eso he dicho lo que dije.

El canciller se absorbió en una profunda meditación.

Su físico, en cuya ciencia oculta tenía la más ciega confianza, le inspiraba verdadero miedo. Si el hombre cuya cabeza había sido puesta á precio hallábase refugiado en el domicilio de Fiamma, es decir, en la casa



misma de Salem-Kebir, era seguro que asilo tan inviolable iba á valerle la impunidad.

— Bien hicisteis, capitán, — dijo por fin, — en venir á pedirme consejo. La morada de Sidi Salem es lugar de refugio. Imposible es franquear su entrada; tras sus muros, el más peligroso criminal está al abrigo de la vindicta pública, y su persona es sagrada. A menos — añadió en voz más baja — que su majestad no sea servido de ordenar lo contrario.

En su fuero interno pensaba : « Eso es lo que se producirá si logro convencer al rey de que soportar en su corte tal resistencia á su autoridad, sobre todo de parte de un maldito descreído, es exponerse á las críticas acerbas de los partidarios de Guisa y á las insoportables burlas de todos los hugonotes del reyezuelo de Navarra... Creo que todo puede arreglarse si el rey, excitado por mi hábilmente, se decide á proceder con rigor. Yo haré ver que le contrario, para que no descargue sobre mí la cólera de Salem-Kebir; el orgulloso musulmán depondrá por fuerza algo de su soberbia, y todos contentos... »

El capitán de Bervic y el marqués de O, callaban, respetando las meditaciones del ministro.

Pasó éste la mano por su frente, como para alejar una idea importuna, y preguntó de pronto :

— De modo, capitán, que esa expedición extra muros no ha dado ningún resultado práctico?

— Por el contrario, excelencia, — dijo el oficial. — Pensad que en Montfaucon eran esperados sin duda clientes singulares, puesto que allí había no tan sólo

guardias del rey y exentos del señor Prevoste de París, si que también gentes de armas á sueldo de la reina madre.

— ¿De veras? ¿Y qué iban á hacer en tal sitio los arqueros de la gran Catalina?

— Pues iban para capturar á los asesinos del marqués de Villanueva-Marsan.

— ¿Cómo! ¿El gran marqués ha muerto?

— La noche última, al intentar evadirse de Vincennes, cayó sobre él una banda de forjadores mandados por un tal Pielnegra, ayudante atormentador del gran Chatelet. Según se me ha dicho, cuando el marqués cayó ya había dado cuenta de buen número de sus agresores; y los supervivientes, fijaos en esta profanación, cosieron sus despojos en la piel de un perro, que pensaban colgar, ¡horrible sacrilegio! en una de las horcas del patíbulo.

— Es de suponer, — dijo el ministro, — que habéis preso á esos sacrilegos.

— Tampoco; — confesó el capitán. — Pudieron escabullirse gracias al inopinado ataque de los tres jinetes de que hablé antes. Ahorcamos uno tan solo; al raptor del cadáver del señor du Gaz, que se encontraba con ellos sin que podamos saber porqué razón.

— En ese caso, habréis recogido el cuerpo del caballero du Gaz...

Visiblemente contrariado, el capitán repuso :

— Todo en este asunto es misterioso, excelencia. No ha sido posible dar con ese cadáver. En cambio hemos tomado como botín la piel del animal que sirve de



mortaja á los restos del desgraciado marqués. Hasta aquí hemos traído la horrible carga á lomos del mulo que la conducía, y disponíame ya á poner al corriente de todo á su majestad cuando el señor subintendente de hacienda...

— Os ha mostrado el camino que conduce á mi despacho. Y ha procedido bien el buen de O, pues os ha evitado cometer una ligereza. No conviene que el rey sepa, — siguió diciendo el canciller — que un cadáver ha sido traído á su palacio. Dados sus nervios de mujer y su excesiva impresionabilidad, es de suponer que el anuncio de tan macabra visita habría determinado en él una enfermedad por el estilo de la que se llevó al difunto rey Carlos IX su augusto hermano... A propósito: ¿dónde habéis hecho depositar el... el objeto en cuestión.

Bervic señaló con el índice la pared de la derecha.

— Cerca de aquí, excelencia; en el retrete que confina con el gabinete de vuestra gracia.

— Bien, — dijo Villequier levantándose. — Páreceme que podré arreglarlo todo. Ahora vais á seguirme, capitán, y os abstendréis de hablar como no sea para confirmar lo que yo haya dicho... Venid, señores; vamos á ver al rey.

Precedidos de un macero agregado á la persona del ministro, atravesaron los tres hombres algunas habitaciones solitarias que ponían en comunicación el gabinete del canciller con la estancia regia.

Enrique III hallábase en su cuarto, tendido sobre un lecho de día y rodeado de sus favoritos y de algunos

lindos pajes aspirantes al real favor. El hijo de Catalina de Médicis se ocupaba en aquel momento en dibujar un cilicio de penitente que pensaba ponerse para figurar en una próxima procesión, pues como ya hemos dicho gustaba de tomar parte en las mascaradas, religiosas ó profanas, por él mismo organizadas. Esta vez tratábase de un servicio fúnebre por el ojo de Maugirón, al cual servicio pensaba invitar los cuerpos constituidos y el pueblo todo de París.

Además de los pajes, encontrábanse con Enrique en aquel momento sus miñones Saint-Megrin, Quelus, Joyeuse y Livarot. Faltaba de Epernon quien hallábase al cuidado del maltrecho Maugiron, por lo que no era de extrañar su ausencia. En cambio comentábase en voz baja la del primer gentilhombre de la Cámara. ¿Dónde podía estar á aquella hora Rolando de Saboya-Nemours?

Fuera de esto, en la regia estancia se hablaba, se reía, y extasiábanse todos en presencia de la habilidad del monarca, quien para dar un poco de variación á sus distracciones, acababa de acostarse de espaldas armado de un boliche de marfil, juego en el que era casi un maestro hasta el punto de acertar á embastonar la bolita blanca cada vez que se lo proponía.

La entrada del Canciller, del subintendente y del capitán de guardias hizo cesar como por encanto todas las conversaciones. El mismo Enrique III interrumpió su juego y hubo de fruncir el entrecejo. Sin embargo, al ver á Bervic se animó algo.

— Al fin llegáis, capitán; — dijo. — Tiempo hace



que os esperaba impaciente. Vamos á ver : ¿ me traéis el... ya sabéis, aquello?

— ¿ Qué es aquello, señor?

— ¡ Cómo ! ¿ Ya lo habéis olvidado? Hablo del ojo, del pobre ojo de mi querido Maugiron. Ved este dibujo : es un croquis del relicario que he mandado hacer para guardarlo.

— Desgraciadamente, señor, nada os traigo que se parezca á eso ; — dijo Bervic contrariado.

Entonces tomó la palabra el marqués de Villequier.

— ¿ Me permite vuestra majestad que le explique...

— ¿ Asuntos de estado ? — preguntó Enrique con gesto de cansancio. — Decidme Villequier : ¿ sabéis al menos manejar un boliche?

— Mal, señor. Sólo vuestra majestad es incomparable en ese juego, como en todo. Yo no sé más que perseguir á los enemigos del trono, y hacerlos castigar... cuando esto es posible. Porque sucede á veces que yo, representante de la justicia, tropiezo con obstáculos invencibles y me veo desarmado en presencia de ciertas prerrogativas de que benefician determinados grandes feudatarios de la corona y ciertos poderosos extranjeros. Y en estos casos los enemigos del trono pueden impunemente reirse del rey en pleno centro de la capital.

Enrique III le escuchaba atónito.

— ¡ Por la misa ! — exclamó. — Sabed marqués que en vano trato de comprenderos. Explicaos pues con más claridad.

En pocas, pero estudiadas palabras, explicó entonces

el ministro, á su manera por supuesto, lo ocurrido en Vincennes y en Montfaucon ; embrolló friamente el todo, llevando al activo de Sed de Amor, entuertador de Maugirón, una porción de imaginarias fechorías, y terminó de este modo su catilinaria :

— Por desgracia, señor, ese hombre tan temible como astuto se halla á cubierto de toda persecución en un lugar de asilo.

— ¿ Quiere eso decir que se ha refugiado en casa de alguno de nuestros primos, en Nuestra Señora ó en una embajada?

— Nada de eso, señor. Cierto es que el edicto de Villers Cotterets, debido á vuestro ilustre abuelo Francisco, no reconoce la inviolabilidad más que á esos sitios. Sin embargo, á propuesta mía, vos mismo acordasteis igual privilegio á la casa habitada por Salem-Kébir.

Un murmullo de cólera se dejó oír en el grupo formado por los miñones. Ninguno de ellos podía ver á Salem-Kébir, como tampoco á sus dos correligionarios Abou-Nadarah y Mammouth el rojo.

Enrique III se dignó enfadarse.

— ¿ De modo que ese pagano me desafía ? — dijo. — Si no quiere que así lo entienda, que entregue al matador de du Gaz puesto que se encuentra en su casa.

Para Villequier era llegado el momento de aumentar la regia cólera contrariándola.

— Señor, — dijo con humilde tono — pedís á Salem-Kébir lo imposible. Entregar á su huésped sería una traición de su parte.



— Mayor traición me parece á mí la de desobedecer á su rey.

— No le obliguéis, señor, á rebelarse. Vuestra majestad dispone, es cierto, de numerosos soldados; pero ese hombre dispone de una ciencia que le permite llamar en su ayuda á los espíritus infernales...

— ¡Basta! — gritó Enrique. — Habéis dicho más de lo que precisa para decidirme. Será una lucha entre Dios y el diablo. ¡Hola, Bervic!

El capitán se adelantó.

— Tomad todos los soldados disponibles, pedid al señor de Estouteville el apoyo de sus gentes, y de grado ó por fuerza aseguraos de la persona del belicoso paleta que se da á sí mismo el nombre de Bernardo de Arma.

Al oír esta orden los miñones gritaron entusiasmados:

— ¿Podemos ser nosotros de la expedición, señor?

— Sin duda alguna; id, id, — dijo el rey tomando de nuevo su boliche. — Yo voy á contar cuántas veces seguidas enhebro la bola.

Joyeuse, Quelus, Livarot y Saint-Megrin se precipitaron á los pasillos mientras que el Canciller, frotándose las manos, deslizaba al oído del marqués de O, esta frase maquiavélica:

— Por mi parte he hecho cuanto me ha sido dable para evitar á Salem el disgusto que van á darle; no creo que pueda tener queja de mí.

Reuniéndose estaban en el patio del Luvre las compañías, á la cabeza de las cuales caracoleaban algunos de los más turbulentos y refinados gentileshombres

clientes asiduos de la casa de las Miñonas, cuando llegó á él la condesa de Givors, cuya curiosidad hubo de verse excitada por el desusado y marcial espectáculo.

¿Contra quién iba dirigida aquella expedición? ¿Había el rey pensado en vengar á los suyos usando de represalias contra su primo? No era esto muy probable, por cuanto Luis de Guisa, cardenal de Lorena, acababa de brindar alegremente en el cuerpo de guardia con el capitán de Bervic. ¿Iria contra los truhanes, en estado de abierta rebelión? Tampoco, porque para combatirlos ninguna necesidad había de proveerse de cuerda y de escalas y de garfios, instrumentos utilizados solamente para los sitios. Entonces, ¿contra quién iba aquella gente?

Picada de la curiosidad. Ayela tomó por la escalera que conducía á las habitaciones de la reina, donde esperaba encontrar numerosa compañía y lenguas afiladas.

La antecámara de Luisa de Vaudemon Lorena, esposa de Enrique III, hallábase ocupada por femenina multitud agitada, preciosa, murmurante é impaciente. Damas de honor, titulares de taburete, señoritas de compañía y aspirantas á todos los empleos de la corte, agolpábanse á las ventanas, abiertas de par en par, deseosas de no perder ninguno de los guerreros preparativos que se efectuaban en el patio.

En aquel mentidero, bolsa concurrida de los chismes y cuchicheos, en la que las más fútiles excentricidades del rey eran ya comentadas antes de cometidas, Ayela debía ser enterada indefectiblemente, de lo que deseaba saber.



Lo fué en efecto.

Supo pues que dominado por la idea de vengar á sus miñones, y enterado de cual era el refugio elegido por el vencedor de éstos para ponerse al abrigo de las represalias ordenadas, el rey acababa de decidir que se intimase á Salem-Kebir la inmediata entrega del criminal. En caso de una negativa por parte del mago, retirárasele su derecho de asilo, por causa de rebelión y su casa podría ser asaltada, invadida y pillada por los fieles servidores del rey que se repartirían el botín como premio á las penalidades sufridas.

La condesa de Givors abandonó enseguida el palacio, saliendo por los jardines. Deseaba prevenir á Fiamma cuanto antes del peligro terrible que amenazaba á su protector y al herido, alocada por la idea de que podría ella perder á este último aun antes de haberse servido de él para la realización de sus proyectos.

Cosa extraña. Su nueva pasión haciale olvidar á Rolando, quien por su parte debía correr no poco riesgo en caso de que Salem-Kebir, irritado, y luego de negarse á lo que se le pensaba pedir, tomase la precaución de asegurarse de su persona y guardarla como rehenes.

Ayela corría. No tuvo más remedio que dar un largo rodeo por las calles del Foso de San German y Tirechappe, á fin de no tropezarse con las gentes de armas. Precisamente por eso hubo de llegar á la calle del Gallo cuando ya esta estaba invadida por la tropa.

Dando entonces media vuelta, entró en la calle de las Viejas Estufas, que le era conocida por haber acom-

pañado á ella al duque de Nemours. Los arqueros no se habían instalado aún en aquella calle solitaria. En cambio, y con no poca sorpresa suya, al llegar ante la puerta de la casa sombría tropezó con dos personas que ante ella se encontraban : Isis la bella, y la basca Reinalda.

No había tiempo que perder. La calle iba á ser invadida por los soldados de un momento á otro. Aunque sin esperanza de ser oída, Ayela golpeó con el aldabón.

¡Oh milagro! Aunque nadie había detrás de la puerta, esta se abrió como por arte mágico, volviendo á cerrarse, sola, apenas pasaron las tres mujeres.

Dijérase que los habitantes de aquella vetusta construcción, en cuyo interior no se oía ruido alguno, eran de todo punto indiferentes á los rumores de la calle y á los preparativos que en ella se realizaban.

Ayela conocía el terreno que pisaba. Seguida de la hampona y de la camarera del maestro La Fraicheur atravesó el patio subiendo luego á toda velocidad la escalera que conducía al cuarto en que dejara al herido.

El lector sabe ya cómo fueron introducidas en la habitación las tres mujeres y qué es lo que dijeron al entrar en la misma :

— ¡Huid, huid, caballero! ¡Vuestra libertad y vuestra vida están amenazadas!

Digamos ahora que el bálsamo de Fiamma había hecho maravillas. Cerrada la herida, Sed de Amor pudo creer que lo de la arcabuzada de Montfaucon no había sido más que un sueño. Recobradas pues su fuerza y su jovialidad, contestó á las asustadas mujeres poniendo



en sus labios la franca risa de los días de batalla :

— ¡Huir! ¿Y por qué, vamos á ver? ¿Por que unos cuantos vocingleros ebrios de cerveza pretenden que les acaricie las costillas y les corte las orejas? ¡Vamos, niñas, eso ni en broma! Ahora veréis lo bueno; vamos á divertirnos de veras... Así como así las ocasiones de reir no se presentan muy a menudo...

Saltó de la cama al suelo, y apartando los brazos que se tendían para detenerle, fuese derecho á la ventana que daba á la calle y la abrió de par en par.

Verlo y retroceder en desorden los asaltantes que se hallaban más próximos fué todo una misma cosa.

— ¡Ahí está! ¡Es el infernal caballero! — gritaban los miñones desenvainando sus espadas.

En cambio las gentes de armas y policías, rugían empujándose :

— ¡Sed de Sangre! Es Sed de Sangre!

Calmado un tanto el griterío, destacóse un heraldo de armas que llevaba en la mano un pergamino, disponiéndose á leerlo.

¡ ¡Cállate! — le gritó Sed de Amor. — Yo mismo leeré eso.

Sin que nadie pudiera oponerse á su movimiento imprevisto, desató la cuerda arrollada en torno á su cintura, á la que imprimió movimiento giratorio por encima de su cabeza, y un instante después, con general sorpresa, pasó el pergamino de manos del heraldo á las de Bernardo de Arma.

— ¡Rebelde! — gritó el conde de San Megrin. — Pagarás cara esta nueva ofensa hecha al rey.

Al mismo tiempo, el conde de Quélus, Jacobo de Levis, — decía al capitán Bervic :

— Nada de cuartel, capitán. Derribad las puertas y cumplid vuestro deber... Ese personaje debe ser preso, muerto ó vivo.

— ¡Encended las mechas! — ordenó Bervic.

Sed de Amor podía darse por muerto. ¿Cómo en efecto resistir al asalto de aquella muchedumbre de enemigos tras los resquebrajados muros de aquella casa viejísima, sin otro auxilio que el de Cortomontel y el de Matraca?

A la voz de mando de Bervic siguió en la habitación un momento de silencio. Ayela retorció sus brazos con desesperación, mientras Isis la bella y Reinalda lloraban. Entonces resonó una voz extraña, que llamó por dos veces :

— ¡Maestro! ¡Maestro!

Era Fiamma. Los ojos fuera de las órbitas, los brazos rígidos en posición de exorcismo, la joven había pronunciado su conjuro, vuelta hacia un rincón sombrío de la estancia.

Prodújose entonces un crujido seco, se abrió la pared de alto á abajo, y en el borde de la hendidura, é iluminada por detrás por una luz verde, apareció la silueta de un hombre de alta estatura, cuyo semblante ocultaba un velo obscuro y cuyo cuerpo hallábase envuelto entre los pliegues de amplio albornoz de parda tela.